

Conferencia inaugural

¿Guardianes de textos?

Suso de Toro

¡Shhhh!

Ustedes son personas cultas, por eso están ahí sentadas, sin moverse y en silencio. Probablemente también yo sea gente culta y por eso estoy aquí sentado y moviendo únicamente la boca y las manos en su justa medida. No solo somos gente culta, además no somos pobres. Los pobres son incultos y ruidosos, suelen tener muchos hijos, lo cual los hace más pobres y más ruidosos aún. A algunos de nosotros el haber entrado en el mundo de los libros nos ha rescatado del mundo de los pobres. Así pues, aquí estamos gente de libros, personas disciplinadas que hemos aprendido a controlar nuestra expresión y en general valoramos sobre cualquier otra cosa el control. Lo que mostramos en la superficie está también en nuestro fondo: sí, preferimos la injusticia al desorden.

Es porque nuestro mundo es el del control que nuestros espacios son espacios cerrados, interiores. Nuestro fuego del hogar está en la biblioteca.

Cómo es una biblioteca? Es un lugar cerrado, llegando de la calle al atravesar el umbral tropezamos con el silencio. Si llegamos hablando en alto un ¡Shhhhh! nos interrumpe y nos conmina a guardar silencio o murmurar para no disturbar a gente que está sentada y tiene la cabeza inclinada sobre un libro concentrada en mirarlo. Para leer conviene el silencio, o dicho de otro modo la palabra escrita no admite la palabra, para que exista plenamente, para que reine la palabra escrita primero tiene que morir el habla. Por eso alguien afectado de mudez sí que puede leer.

Pero en la biblioteca también tenemos prohibidas otras cosas; en general casi todas: no debemos comer, ni beber, ni naturalmente cantar, ni jugar, ni acariciarse unas personas a otras... En la biblioteca está prohibida la palabra y también el gesto. Todo para que reine la palabra escrita, esos signos dibujados con tinta sobre un papel. A ellos servimos porque ellos nos hicieron así, personas que

vuelcan la vista hacia una superficie lisa de papel, igual que las pitonisas ven cosas en la superficie lisa de una esfera nosotros vemos cosas en las páginas de los libros, cada página es una puerta, un abismo que nos llama y nos traga y al que nos despeñamos gustosos de una forma total, nos desentendemos de nuestro entorno y entramos en un mundo virtual. Eso es la lectura, la letra escrita chupa nuestra atención, nuestras energías, le entregamos un poco de nuestro yo.

Ahí afuera está el mundo, la vida, y dentro están los libros envueltos en el aire denso y en el silencio. La memoria del lenguaje me trae a la mente inmediatamente la palabra *sepulcral*, hay algo de sepulcral siempre donde se evita la vida, y el silencio bibliotecario tiene la función práctica de no distraer al lector y también la función de recordarnos que es un espacio casi sagrado, casi un templo conmemorativo donde se custodian y veneran reliquias, los libros. También por eso los libros están protegidos allí por un aura mágica, deben tratarse con cuidado, no escribir en ellos, no subrayar...

Es lógico que el lugar natural para los adictos a la lectura sea paradójicamente un lugar artificial, la biblioteca, pues allí donde se dan las condiciones óptimas para realizarse nuestra actividad preferida: la fuga al paraíso artificial. Yahvé puso querubines con espada de fuego guardando el acceso al jardín del paraíso que guarda el árbol de la vida, nosotros hemos creado nuestro árbol de conocimiento; un árbol que, por cierto, siempre ha temido al fuego.

Como fruto granado de nuestra civilización encierra su paradoja, es un espacio público pero crea individuos solitarios, cada uno encerrado en su diálogo personal con un texto distinto. Ese espacio público es un lugar que nos permite estar solos y también encontrarnos a nosotros mismos. Pues la lectura es un diálogo con alguien (*con los muertos* escribió Quevedo citando a Séneca), pero el diálogo es la gimnasia y el refuerzo del yo.

La biblioteca es la flor de la civilización, un pequeño mundo artificial desde el punto de vista físico pero enorme y que no cesa de expandirse virtualmente. El ser humano al adquirir el lenguaje consiguió mucho más que una mera herramienta, inició una explosión de crecimiento, con la imaginación asociada al cálculo fue capaz de ir más allá de lo que alcanzaba la vista, pudo concebir el mundo e imaginar mundos. La letra escrita y el libro permitieron darle forma a esos mundos imaginados y almacenarlos, transmitirlos a los sucesores. En la biblioteca está la herencia de la humanidad, es el *software* de nuestra civilización.

Tiene una naturaleza contradictoria, aunque estática existe dentro de ella un movimiento hacia atrás y otro hacia delante, es un depósito de memoria y una *obra en marcha*, pues no deja de

acumular, de actualizarse. Pero quizá sea ese carácter de depósito de memoria sea el que cada vez más vaya prevaleciendo, quizá precisamente cuando en nuestro tiempo cada vez más penetrado del mundo virtual se debilita la importancia del lugar sea cuando el lugar biblioteca se refuerce.

En realidad ya la biblioteca es un lugar virtual, pues desde su origen pretende crear un mundo alternativo al mundo de la experiencia y el territorio físico, pero creo que se va a reconfigurar en la dialéctica con el nuevo mundo virtual, con la Red. La biblioteca es ese lugar donde las cosas ya están ahí, la Red es el mar virtual donde echo la caña y busco a ver lo que encuentro.

Esa dialéctica que no puede ni debe evitarse va a obligar a las bibliotecas a redefinirse. La competencia con las bibliotecas *online*, cada vez más reales, Probablemente conducirá a fortalecer el lugar, a hacer que la biblioteca sea un lugar donde tengamos una experiencia que no podemos tener en otro lugar. Seguramente perderán visitantes pero tendrá que ofrecer, además de los libros almacenados, algo que no sea virtual. Quizá pensar en lo que ofrece el teatro una vez que ha perdido su carácter de espectáculo único a manos del cine y la televisión nos ayude a imaginarlo. Pero sin duda el papel de las omnipresentes pantallas, televisión+ Internet, en nuestras vidas cambia casi todo. También los escritores que nos hemos formado según un modelo de hace años estemos en crisis de transformación, pues también nosotros hemos confiado nuestro más hondo deseo, la posteridad, a los libros, a la memoria de las bibliotecas y todo nos indica cada día que es muy posible la fama, que es lo que proporcionan los medios de comunicación audiovisual, y que cada vez va a ser más difícil la posteridad, que es la memoria actualizada.